

## JEAN OUSSET Y LAS ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA

*Palabras pronunciadas en la presidencia de la sesión de clausura del XI Congreso del "Office International".*

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO.

Conocí personalmente a Jean Ousset en el X Congreso de "La Cité Catholique". Fue en el College Saint Nicolas, des Frères des Ecoles Chrétiennes, de Issy les Moulineaux, en las afueras de París, a primeros de julio de 1960. Hace, pues, casi 16 años. Las fotografías del *Supplément* número 3 de VERBE en su 15º año muestran, flanqueando al Général Weygand, a Jean Ousset y al Conde Amédée d'Andigné, a quien rindo desde aquí cordial homenaje. En mi memoria queda la imagen dinámica que allí capté de Jean Ousset, exponiendo su *rapport final* en el que precisó el ámbito y espíritu de la obra emprendida; recuerdo su palabra encendida, brillante como una llama, alargada hacia el cielo, reflejando un espíritu ardiente, apresurada al final de los párrafos para seguir el ritmo veloz de su pensamiento.

Un año antes, Eugenio Vegas Latapie, nuestro maestro y promotor, había asistido al IX Congreso y, a su regreso a Madrid, nos repartió a sus amigos numerosos ejemplares del *Pour qu'Il Regne* y abundantes números de *Verbe*. Evoco nuestras primeras reuniones de estudio, discutiendo *Le couple liberté-autorité* y familiarizándonos con la perspectiva de *les corps intermédiaires*.

Jean Ousset se erigió en nuestro maestro. *L'introduction a la politique*, *L'amour humain*, *Patrie-Nation-Etat*, *Le Travail*, éste escrito en colaboración con Michel Creuzet, más tarde *L'action* y siempre sus editoriales —pienso ahora en *Pagaille dans l'Eglise et mystere de la foi* y en *Fatima e la raison d'Etat*— fueron textos básicos

para nuestra tarea. Durante varios años, *Verbo* español recogía, en su mayor parte, textos de nuestros amigos de *Rue des Renaudes*. De ahí la insalvable gratitud y el sincero afecto que sentimos por Jean Ousset y, con él, por Michel de Penfentenyo y demás amigos de *l'Office*.

\* \* \*

Hace poco más de un año, PERMANENCES 114, de noviembre de 1974, publicaba un editorial de Ousset "*Les pierres crieront...*", que reproducimos en castellano en *Verbo* 133-134. En él, su segunda frase, planteaba: "¿Es posible que católicos, por otra parte escrupulosos, parezcan rehacios a comprender bien que su Dios, el único Dios, vivo y verdadero, es el Creador y por ello Soberano Maestro tanto en orden de la naturaleza como en el orden de la gracia?".

Su conclusión formulaba esta tesis: "En primer lugar, es preciso no abandonar nada, no despreciar nada de la indispensable y constante referencia al único dogmatismo salvador de la única autoridad sobrenatural y salvadora; pero, además, es necesario desarrollar, ampliar, ilustrar y confirmar su enseñanza con todo un conjunto de demostraciones, de observaciones que no deben desperdiciarse...; con una victoriosa sobreabundancia de pruebas concretas".

"Por eso importa, en estos momentos, que recurramos a esta experiencia constante de las posibilidades humanas que se llama la historia ...", ya que "el simple recuerdo doctrinal no consigue perforar el frente del antidogmatismo moderno".

\* \* \*

Precisamente Pío XII, en su Radiomensaje de 1 de junio de 1941, al insistir "*en el orden inmutable que Dios, Creador y Redentor, ha manifestado por medio del derecho natural y la revelación*", los calificaba de "*doble manifestación*" divina, porque "*las enseñanzas del derecho natural y las verdades de la revelación derivan por diversos caminos, como dos arroyos de aguas no contrarias, sino acordes, de la misma fuente divina*".

Esta segunda manifestación divina, a través del orden de su obra creadora, nosotros los hombres —como nos dice Santo Tomás de Aquino (*S. Tb.*, I, q. 87, a. 1, *res.*)— no la conocemos plenamente y en esta vida terrena nunca llegaremos a alcanzar este conocimiento. Pero sí, en cambio, podemos llegar a conocer de él lo suficiente para guiarnos a través de dos vías también confluyentes y complementarias.

Una, captando, no en nuestra subjetividad, sino en la realidad de las cosas, por una facultad de nuestra razón, los primeros principios teóricos, con nuestro *intellectus principiorum*, y los primeros principios operativos, ético-naturales, por la *synderesis*, a la que vino a referirse San Pablo en su Epístola a los Romanos 1-2, 14-15 al señalar que aquellos gentiles que “hacen por razón natural lo que manda la ley”: “son para sí mismos ley viva”, mostrando así “que está escrito en sus corazones lo que la ley ordena”.

El otro camino es el de la inducción y de los juicios prudenciales, que parten del conocimiento de las cosas y los hechos singulares y ascienden a lo universal hasta alcanzar, por esta vía inversa, respectivamente, los principios teóricos y los principios prácticos de nuestra razón, elevándonos desde los efectos a las causas.

Ambos caminos deben complementarse. Si fuésemos dioses creadores nos bastaría el primero. Su orientación inicial sí que está en principio al alcance de todos; pero —como también advirtió Santo Tomás (I<sup>o</sup>-II<sup>ae</sup>, q. 94, ss. 4, 5 y 6)— habida cuenta de nuestro pecado original, resulta que, si bien “en lo que toca a esos principios generales, la ley natural no puede ser borrada de los corazones de los hombres en general”, en cambio, a veces “se borra en las obras particulares por la concupiscencia u otra mala pasión”, pudiendo ocurrir que “la ley natural estuviera algo pervertida en los corazones de algunos, hasta el punto de juzgar buenas las cosas que son naturalmente malas”.

Por eso, cuando mayor sea la corrupción moral y mental de los hombres, más necesario será mostrarles la segunda vía para ayudarles a que vean la verdad, e incluso a convertirse. Es la vía de la inducción, de la experiencia, de los juicios prudenciales. Pero como nuestro mundo es dinámico y la vida se desenvuelve en el tiempo;

nuestro conocimiento del mismo sólo se alcanza en la medida de su transcurrir a través de la historia, que se nos presenta como testigo, y de la tradición, depósito siempre renovado de experiencias vivas y de juicios consecuentes.

Estamos ante la *magistra vitae*, como se ha denominado a la historia.

Peso su camino lo podemos seguir de dos maneras.

Por el primero nos sumergimos en ella sin aceptar sino lo que nos trae, en cuanto alimenta el *espíritu del pueblo*, tal como pretendieron Schelling y la escuela histórica alemana; ni deducimos principios sino de ella misma, erigiéndola en único juez. Con ello incidimos en una forma particular de positivismo, desde la cual sólo existe un paso, que dio el *sociologismo*, para no considerar de la historia sino su producto actual, existencialmente vigente. Llegamos así *al estar con los hechos* o a identificar lo *racional* con lo *real*. Y, desde este instante, es fácil lanzarnos hacia adelante a la carrera, pues el presente es fugaz, hasta orientar cada historicismo hacia un mito colocado en el devenir, hacia el cual se afirma que avanzamos inexorablemente. Así, los historicismos modernos han pasado de mirar casi exclusivamente hacia atrás a no atenerse sino al presente, para acabar mirando solamente a un futuro que no conocemos, pero que nos condiciona en cuanto nos alienamos para alcanzarlo. Los historicismos, en cualquier caso, confunden la naturaleza con el resultado en constante devenir de la historia humana y, de ésta, olvidan lo verdadero por lo vigente.

Sin embargo, existe otro modo de seguir el camino de la historia para extraer de ella el caudal de experiencias que contiene. Se trata de comprobar cómo, a veces, los hombres, las sociedades siguen por buenos caminos y, en otras, toman malos derroteros que llevan ciudades, pueblos y civilizaciones a la catástrofe. Todo depende de que, como causas segundas del orden de la creación, seamos fieles al orden de la creación; pues de no serlo, por otros caminos, pasando por el castigo del desorden, la providencia nos hace retornar a la verdadera vía, aunque muchas veces debamos recomenzarla desde más abajo, e incluso por el principio.

Esta fue la perspectiva que, en la encrucijada de los siglos XVII

y XVIII, en el Nápoles hispánico, supo mostrar Giambattista Vico, autor genial tan falseado por Croce y por Gentile. Según Vico no existe verdadero conocimiento de algo si no se lo conoce desde sus causas. Saber es *scire per causas*, sólo asequible plenamente a quien hace la cosa y, por tanto, tratándose de la naturaleza en la plenitud de su orden, sólo a Dios que es su creador. El hombre únicamente puede conocer así lo que totalmente es obra suya. Pero la naturaleza es obra de Dios y, por eso, sólo para Él es perfecto el *verum ipsum factum* de ella. El hombre, imperfectamente, viendo en imagen plana lo que Dios conoce en relieve, tan sólo tratándose de la historia del mundo civil o de las naciones puede aproximarse a ese conocimiento.

Imperfectamente, porque sólo conocemos lo que hacemos si lo realizamos conscientemente y lo que hemos hecho si lo recordamos. Y si esto ocurre, individualmente, a cada uno de nosotros, mayor dificultad tiene la humanidad para conocer su obra histórica. Se trata de no perder las conquistas logradas, de no olvidar las soluciones obtenidas y de alcanzar otras nuevas, superando las dificultades que hasta el momento han impedido el éxito o llevado al fracaso. Es preciso reconquistar, con progresivo conocimiento de la historia, los saberes fácticos alcanzados un día pero que se hayan olvidado.

Vico observó la existencia de una *historia ideal eterna*, que muestra la existencia de una providencia, de un orden, que actúa según actuemos los hombres al realizar, con nuestro libre albedrío, el mundo civil histórico; ya que, según lo hagamos, serán las consecuencias, es decir, el orden o el desorden particulares, que respectivamente producirán la paz y el bienestar, o bien, las reacciones febriles consecuentes al malestar, la injusticia, la anarquía ... hasta que se alcance de nuevo el orden perdido.

Así, en su obra, Vico contempló unos juicios de valor que no son producto de la historia, que no son inmanentes a ésta, sino obtenidos: unos por el derecho natural de las gentes, otros con la ayuda de la Revelación, otros por los filósofos atendiendo a la pública utilidad contrastada con el imprescindible conocimiento de la historia, estudiándola; pues, con su estudio, atendiendo a sus resultados,

obtendremos unos criterios aptos para juzgar tanto la propia historia como los actos humanos.

Por eso, nos es preciso conocer la historia; a fin de que, contemplándola, verificándola y luego reflexionando, saquemos de ella consecuencias que sirvan para guiarnos en el uso de nuestra libertad, de la que Dios nos ha dotado y de cuyo uso deberemos responder ante El.

\* \* \*

¡Perdonadme! el tiempo que os he consumido, pues todos estamos deseosos e impacientes, y ¡yo el primero!, para escuchar a Jean Ousset.

**UNIDAD - UNITARISMO  
PLURALIDAD - PLURALISMO**

(Actas del X Congreso del "Office International",  
Lausanne, 13, 14 y 15 de abril de 1975).

**UNIDAD, ¿A QUE PRECIO?**, por *Gustave Thibon*.

**EL PLURALISMO EN CUESTION**, por *Louis Doujarques*.

**REGIONALISMO Y UNIDAD NACIONAL**, por *Ivonne Flour*.

**UNIDAD DE ACCION CON DIVERSIDAD DE FORMULAS**, por *Michel de Penfentenyo*.

82 págs.

100 ptas.